

Han pasado nada menos que 23 años desde que un asesino de ETA - por fin ya condenado - disparara a mi padre por la espalda. Allí quedaron congelados sus proyectos, sus sueños y su vida.

A medida que transcurre el tiempo, de él nos queda cada vez menos de su presencia física, que se va evaporando paulatinamente, junto con el eco de su voz o su carcajada. Sus fotos van adquiriendo ese color amarillento que, junto con las cada vez más numerosas ausencias que van cambiando nuestro mundo, nos recuerda lo implacable del paso de los años. Se borra de nuestra memoria su imagen, dando lugar simplemente, y por mucho que nos rebelemos a diario, a su recuerdo.

Y su recuerdo rebrota cada primavera por estas fechas, bajo el mismo cielo de mayo que le vio caer asesinado. Cuando el deshielo derrite la nieve que cubre las montañas que tantas veces recorrimos o cuando crece el murmullo atemporal de esos ríos en los que pescaba al atardecer.

Todo aquello que se mantiene inmutable en el tiempo, como punto de unión con todas las generaciones anteriores, a pesar de los enormes cambios de toda índole que hemos vivido en estos 23 años, es lo que todavía nos une a él y al mundo que conoció.

También lo hace, por supuesto, este acto de la Fundación Manuel Giménez Abad que, muchos años después, sigue reuniendo a tanta gente que, generosamente, decidís dedicar una pequeña parte de vuestro tiempo a ayudarnos a preservar su memoria pública y para la que siempre nos faltarán palabras de agradecimiento.

Mi padre creía profundamente en la democracia y en esos valores democráticos que la inspiran y que, representados como nadie por las víctimas del terrorismo, constituyen la esencia de esta Fundación y el alimento de sus actividades.

Los valores democráticos y cívicos sobre los que se edifican las democracias son una valiosa construcción intelectual del ser humano, forjada a lo largo de muchas generaciones. Constituyen la síntesis de siglos de experiencias y duros aprendizajes basados en guerras, conflictos y precariedad.

Esos valores son ideas que, como las más ancestrales tradiciones, han ido moldeándose por el paso del tiempo, por la evolución de las sociedades en las que germinaban, por nuevos pensamientos, hasta convertirse en lo que son hoy. Fruto del progreso, expresan la voluntad de configurar un espacio de ideas básicas compartidas que permita una convivencia pacífica en sociedades complejas y diversas que quieren solucionar sus controversias de una forma civilizada y no violenta. A ello contribuye el mayor valor que, gracias a los avances de toda índole, le otorgamos a la vida.

Sin estos valores democráticos bien arraigados en el espíritu de los ciudadanos, un sistema democrático no es sostenible. La democracia no se limita a la existencia regular de elecciones o de un determinado marco institucional. La democracia tiene más que ver con el deseo de los ciudadanos de serlo y de obrar en consecuencia, gobernando su vida colectiva por una serie de principios comunes que lo hacen posible. Sin valores democráticos no hay democracia.

Durante los últimos años, sin embargo, las sociedades democráticas están viendo cómo muchos de esos valores, que creíamos firmemente enraizados en nuestro país desde nuestra transición, esos valores que defendieron con su vida las víctimas del terrorismo se diluyen de forma progresiva, vaciando el núcleo básico y común de nuestros sistemas, que se debilitan, así, inevitablemente. Valores políticos, cívicos y éticos como los de la justicia, la igualdad, la libertad, la solidaridad, la tolerancia, la duda, la moderación, la presencia de la razón en el debate público van perdiendo, cada vez más, parte de su prevalencia dejando espacio a contravalores como el sectarismo, la radicalidad, el narcisismo, la mentira o incluso la indiferencia. Ni siquiera ese espacio compartido de valores que nos identifica como ciudadanos, que nos aproxima a unos y otros con independencia de nuestras sensibilidades ideológicas, ni siquiera ese espacio inviolable en otros tiempos, parece quedar ya por encima de otros intereses.

El debilitamiento de nuestros valores democráticos y cívicos comunes modifica nuestra sociedad dejándola peor pertrechada para enfrentarse con éxito a enormes y complejos desafíos como los nacionalismos excluyentes, los populismos, la irrupción de nuevas tecnologías y su impacto en el escenario público, laboral y social o la preservación de

nuestro medio ambiente, que requieren de una unidad de propósito, un marco mayoritariamente indiscutible, que sólo asegura el consenso en torno a ellos.

Hoy me vais a permitir que comparta unas reflexiones sobre uno de esos fenómenos que, junto con otros como el deterioro institucional, socavan gravemente nuestra democracia y, en cuyo engranaje, todos hemos podido participar alguna vez, ya sea consciente o involuntariamente, sin percibir el daño irreparable que provocamos en nuestras sociedades. Me refiero a la desinformación, a las noticias falsas, a las *fake news*.

Más allá del papel que deben desempeñar los medios profesionales en la lucha contra la desinformación, de la necesidad de que sean conscientes del papel tan relevante que les reserva nuestro sistema, y de que su principal atributo frente a *pseudomedios* alternativos **es la autoridad que les aporta su credibilidad, que ponen en juego en cada uno de sus artículos o sus fotografías** y que exige cuidarla, como Coca-Cola cuida su receta o Google sus algoritmos.

Pero más allá del papel de los medios, creo que es importante acudir a otra arista de ese mismo problema. Porque con independencia de cuál sea el papel de esos canales emisores de noticias falsas, de su resonancia a través de las redes sociales, **si las *fake news* son posibles es porque existe una audiencia deseosa de creérselas.**

Y eso apela directamente con el tipo de sociedad en el que nos estamos convirtiendo y que conforman el caldo de cultivo perfecto para que las *fake news* se propaguen y para que éstas sean además útiles y eficaces para quienes las crean.

Me refiero a un problema poco tangible, de consecuencias perceptibles menos inmediatas, pero que se halla en el origen de muchas de estas importantes contingencias a las que se enfrenta nuestro país en particular y las sociedades occidentales en general: Y es la fragilidad de nuestra cultura democrática. La de algunos de nuestros representantes políticos en sus declaraciones y acciones diarias; pero también la que reforzamos y

toleramos los ciudadanos con nuestra pasividad o con nuestra adhesión activa, acrítica, y sin matices a una opción ideológica.

Por muy sólidos o democráticos que puedan ser los cimientos institucionales de un estado, no serán suficientes para garantizar un sistema de calidad, en torno al que asegurar la prosperidad y bienestar de sus ciudadanos, si en el alma que inspira las actuaciones de representantes y ciudadanos se anteponen como norma general los intereses partidarios, o privados al marco de conducta que exige la democracia.

La cultura democrática está, en mi opinión, compuesta por el respeto a los valores democráticos de igualdad, libertad y pluralismo, por la defensa de los derechos y libertades de todos los ciudadanos, por la tolerancia, por la existencia de un espacio preponderante para la razón en el debate público, por el fomento de los acuerdos y el diálogo, por el establecimiento de un marco común de ética cívica que los ciudadanos no van a permitir que se traspase, y por el destierro de la mentira sistemática y como estrategia.

Y creo que los últimos tiempos, como colofón a una conducta extendida ya desde hace demasiados años, son la constatación más evidente de que nuestra cultura democrática, y con ella nuestro sistema político, se debilita.

Nuestra cultura democrática se ve una y otra vez rebajada por dos conductas excesivamente extendidas en nuestros días, que es donde la desinformación encuentra un terreno propicio: la incoherencia y la grosera prevalencia de intereses particulares – partidistas o individuales en lo que a la política se refiere – sobre los intereses generales, sobre nuestros valores compartidos, cívicos.

La coherencia es un parámetro que mide con precisión el respeto de una persona por quienes le rodean y tiene mucho que ver con la honestidad intelectual. La incoherencia, sin embargo, se propaga velozmente en la escena pública. Y dos acciones, dos actuaciones análogas, incluso idénticas, son juzgadas de una forma o la contraria dependiendo de quién sea su protagonista. Nada más irracional, nada más humano, sin embargo. No se analizan los hechos, se juzga a las personas, por lo que son o por lo que piensan. Media España retira apresuradamente el derecho a ser escuchado

(*ignattieff*) a la otra media y viceversa, creando además amplios espacios de esa impunidad intelectual y política. La rendición de cuentas desaparece.

La desinformación es posible por el contexto en el que vivimos.

Los atributos públicos que se admiran ya no tienen tanto que ver con la reflexión, la ecuanimidad, la moderación o la medida. Al revés, vivimos momentos en los que se sacraliza las grandilocuentes “batalla cultural” o la “batalla ideológica”.

Y sobre estos conceptos, más o menos acertados, se justifica la construcción de innumerables dogmas indiscutibles. Y preferimos consumir desinformación que confirme nuestras teorías. Construimos así una especie de “verdad sobrevenida”, muy servil con nuestros prejuicios, y nos ahorramos de este modo, la tarea de discurrir, de pensar, de dudar, de llegar incluso a la conclusión de que podríamos estar equivocados y tener que cambiar de opinión. Ahorrarnos, en una palabra, el proceso intelectual que nos ha permitido progresar poco a poco a lo largo de la historia hasta donde estamos hoy.

Las *fake news* encuentran un territorio propicio en este mundo de verdades absolutas y sectarismos en el que la fragilidad de nuestros valores cívicos y nuestro espíritu crítico empieza a ser preocupante. “*Engullimos de un sorbo la mentira que nos adula y bebemos gota a gota la verdad que nos amarga*” dejó escrito Diderot.

Para combatirla, por tanto, no debemos actuar únicamente sobre el origen de la desinformación, debemos también trabajar sobre la ética política y cívica de quienes la recibimos, en hacernos conscientes de que nuestra condición de ciudadanos nos exige también obligaciones cívicas que debemos de tratar de considerar para contribuir a mantener el sistema en el que vivimos. Por encima de nuestra condición de votantes, de afiliados, de simpatizantes, somos, algo más importante, CIUDADANOS y tenemos que ser consciente que como escribió Albert Camus: *La tiranía no se construye sobre las virtudes de los totalitarios, sino sobre las faltas de los demócratas.*

Para contrarrestar la desinformación y sus efectos sobre nuestros sistemas, debemos reforzar – y no lo contrario - unos valores democráticos sólidos, un Estado de Derecho fuerte, una sociedad civil crítica y responsable.

Y esta Fundación, de manera modesta y en la medida de sus posibilidades, desempeña un papel en esta tarea, fomentando el diálogo, afrontando sin prejuicios todo tipo de debates o realizando también el valor de las ciencias sociales y de las humanidades. Porque parece que el futuro sólo pasa por las ciencias. Como si nuestra evolución sólo hubiera dependido de ellas.

El progreso económico que nos ha llevado hasta hoy tiene su origen en sus grandes inventores, en los grandes avances tecnológicos, pero tiene mucho que ver con el pensamiento humanista e ilustrado que, a lo largo de ese mismo siglo brotó de las mentes de hombres de letras como Montesquieu, Rousseau, Jefferson o Voltaire. Sus ideas sobre libertad, derechos fundamentales, y organización del poder de los estados, así como sus principios de ética cívica contribuyeron decisivamente al encumbramiento definitivo de la razón y a la creación de un entorno político y social propicio para que la mecha del desarrollo económico y tecnológico prendiera rápidamente durante el siglo XIX.

Mientras el hombre de ciencias investigaba, desarrollaba y creaba (máquina de vapor, bombilla, telégrafo, teléfono, automóvil etc.), el hombre de letras estructuraba el mundo de tal forma que la innovación científica fuera posible y fomentara la mejora de las condiciones de vida de todos los seres humanos.

Esta Fundación es plenamente consciente de la relevancia de las humanidades y las ciencias sociales para construir una sociedad crítica compuesta de ciudadanos más responsable para crear un futuro más justo.

De la forma en la que sean capaces de defender esos valores democráticos frente a fenómenos como la desinformación, dependerá el tipo de sociedad que seamos en el futuro.

Hoy, 23 años después, creo que es un buen momento para que la Fundación Manuel Giménez Abad, sustentada en el apoyo permanente y generoso de todas las fuerzas políticas de estas Cortes de Aragón y en el recuerdo

inmarcesible de mi padre y de su asesinato, reafirme nuevamente su compromiso inquebrantable con nuestra democracia.

Muchas gracias.